

RETRATOS URBANOS



Juanjo Llorens García en una imagen captada por su amigo Rafa Arjones en el Teatro Principal de Alicante.

No es competitivo. Sólo se encarga de poner luces y sombras para emocionar a los espectadores en teatros, circos y otros garitos. No es actor. Ni cantante de zarzuela. Ni circense. Aunque lo intentó. Es un reconocido iluminador nacido en la calle Taquígrafo Martí, en Alicante, capaz de hacer brillar las mejores escenas y de oscurecer las tristezas una vez alzado el telón. Ha ganado muchos premios. Una persona inquieta, insegura y tímida, dice, «cosas que me llevan a transmitir la belleza y el alma en cada una de mis creaciones, lo que no soy capaz de expresar con palabras». Es nuestro mejor artista de luces y de claroscuros. Empezó descargando camiones entre aceras y salas de teatro. Pero se ha convertido en uno de los hombres que mejor dominan los focos y parece que más cosas. Pasen y lean.

Juanjo Llorens García (Alicante, 1967) creció y correteó en callejuelas situadas a los pies del Monte Tossal y del castillo de San Fernando. Ahí jugó al fútbol con dos piedras como portería con vecinos del barrio, entre ellos los hermanos Rafa y Óscar Arjones, pertenecientes a una saga de fotoperiodistas que alumbró su padre, Perfecto (Cholas). Estudió en el colegio San Antonio de Padua, con los padres Franciscanos, hasta los 14 años. De ahí pasó al instituto Jorge Juan, donde se inició en la escena como miembro del coro de bachilleres que diri-

El alicantino Juanjo Llorens, ganador de cuatro premios Max, es iluminador en obras de teatro, danza, espectáculos musicales y en el circo

La luz de la escena

PEPE SOTO

gía José María Vives, académico y compositor. Cantó con otros chavales y chicas hasta el Réquiem inacabado de Mozart, «solfeando», cuenta.

Nueva escena: el teatro con las compañías Jácara y Teatre de l'Aigua. Y también aprendía algunos trucos de sonido con la empresa musical Rogel y bastantes de luces y colores con Eleuterio Portes. Su primer trabajo casi estable fue con Acero, un grupo de la tierra de «heavy metal» liderado o algo así por Alfonso Peña y asesorado por el periodista musical José María Esteban (El inspector Pectol, en las viejas ondas), ya fallecido. Ahí Juanjo andaba muy liado entre muchos cables y tristes bombillas, casi ciegas. Pero sabía que lo suyo era la iluminación.

Ahí anda desde los 16 o 17 años. Es de los diseñadores de iluminación más reconocidos de las artes

escénicas nacionales e internacionales. Director técnico, iluminador y docente, sus obras, grandes o más pequeñas, han sido galardonadas con algunos de los premios más prestigiosos: cuatro premios Max por sus luces y sombras, en obras como *La mort y la doncella* (2019), *El curioso incidente del perro a medianoche* (2013), *De ratones y hombres* y por *La función del por hacer* (2011). Y más cosas por alumbrar espectáculos como *La Familia Addams*, *Cabaret* o *Excíteme*, entre cientos de ellos.

Llegó a Madrid con la compañía Teatre de l'Aigua hace más de tres décadas. Y ahí se quedó. Durante seis meses se hospedó en una pensión. Empezó descargando camiones de sala en sala. Y fue oficial técnico de la Compañía Nacional de Teatro Clásico; más tarde trabajó en la Compañía Nacional de Danza, que entonces dirigía Nacho Duato. Se metió en el mundo de la farán-

dula profesional. Participó en proyectos de Adolfo Marsillach, Carlos Citrinowski, Miguel Narros, Andrea d'Odorico, y Juan Gómez Comejo, entre otros.

Juanjo se emociona cuando recuerda el primer montaje del primer clásico en el que trabajó, *La verdad sospechosa*, dirigido por Pilar Miró. «Para mí fue emocionante estar allí con José María Pou, Carlos Hipólito, Emilio Gutiérrez Caba, Adriana Ozores, Enric Majó, Sonsoles Benedicto, Eulalia Ramón... Y con Javier Aguirre Sarobe, que fue el iluminador de la función, y con Quim Roig, escenógrafo». Con esta obra, Juanjo dio casi un par de vueltas al mundo.

Ha puesto luces, sombras y claroscuros en muchos escenarios. «Mi formación, como la de todos los iluminadores de mi generación, ha sido autodidacta porque, cuando comenzamos, no había ni un solo libro sobre el tema», dice. Sobre su profesión considera que «es la forma artesanal y casi etérea de poder contar una historia con los colores y los tiempos de tu interior sumando la emoción visual a las palabras». Como dice Juanjo, no se puede concebir la luz teatral separada del sonido, con muchos focos o con unos cuantos.

Este dibujante de colores en el espacio es versátil: indaga en las posibilidades que la luz puede ofrecer a las distintas artes escénicas: teatro, musicales, ópera, danza,

circo, audiovisuales... Sus luces, comprometidas con la profesión, iluminan tanto los espectáculos más premiados como otros de circuitos minoritarios. «Para llegar a ser un buen iluminador tienes que conocer bien la técnica, porque te encuentras con espacios distintos y tienes que saber siempre qué material utilizar en cada uno para poder llegar a iluminar bien», asegura.

Otras escenas. Más difícil todavía... Entre acróbatas, equilibristas, payasos y demás tropa, hace doce años que participa en los planes del Circo de los Horrores: «*Manicomio* fue mi primera colaboración y al principio casi arrojé la toalla. De repente, era un código que no entendía. Yo venía de un mundo muy teatral y pasar al circo fue un choque muy grande para mí». Juanjo lo intentó todo metido en la carpa: «Al principio buscaba que hubiera una luz muy teatral, no molestar al público, pero eso es imposible. Cuando entendí el código, me di cuenta de lo que era hacer circo. Si un artista está arriba, al público le tienes que molestar, es como un concierto de rock and roll y no pasa nada por que se ponga la mano en los ojos un momento para ver algo». Con la sociedad Productores de Sonrisas ha trabajado con montajes del Circo Mundial, en obras como *Rock Circus* o en cualquier interpretación sobre los sueños y risas de los payasos o de inimaginables leyendas de Asia bajo una carpa.

También es capaz de poner el foco en una pieza de danza con dos personas, como ha hecho con Asun Noales en *Delicatessen*, o iluminar un musical como *Los chicos del coro* (premio Talía 2023). También ha diseñado giras de Amaral, conciertos multitudinarios en el Wizink Center o galas de los Premios Goya, con Juan Luis Iborra. Nunca ha abierto su baúl de luces en el cine. Sí en la ópera, como en obras como *Carmen* y *Fuenteovejuna*.

«Sin ninguna duda dedicar mi vida a esta profesión desconocida y contar siempre con el apoyo de mi familia y un círculo de amigos con las mismas inquietudes, que nos hicieron crecer profesional y personalmente juntos, es lo mejor que me ha pasado», asegura Juanjo, que aunque reside en el distrito madrileño de Carabanchel, son constantes sus visitas a Alicante. Mantiene la casa familiar de la calle Taquígrafo Martí. Y amigos en cualquier rincón urbano.

Así es, más o menos, el retrato de Juanjo Llorens, el alicantino que dibuja luces en pequeños recintos de nuestras vidas para emocionarnos en teatros, en descampados o bajo las carpas del mayor espectáculo del mundo, el circo. Ahí están los focos, pero hay que saber utilizarlos. ■